

EL HUMILLADERO

Sobre pedestal de piedra
una cruz con musgo seco
humilde enraíza su peso
indicador anclado en tierra.

Rasga el viento quejidos
los míos no son primero
retahíla repetida en eco
que advierte a mis oídos.

Humos subidos de tono,
orgullo asido al hueso
no deja pensar sereno
si mi acierto viene solo.

Errante de caminos
forastero soy al pueblo
siguiente al humilladero
de dudas y entredichos.

Con dimes y ofertas
ensalzo lo que tengo
virtudes hasta el cielo
poderes y promesas.

La venta no cuaja
como vine vuelvo
pasé por el humilladero
con la cabeza gacha.

Acaté el devoto aviso
de la cruz su consejo
convinciente recuerdo
al caminante atrevido.

Entierra aquí tu orgullo
la vanidad no hace sendero
la jactancia sin esfuerzo
se esfuma como humo.

Mejor entrar bondadoso
a un expectante evento
valioso, crucial momento
que salir como mentiroso
ante la cruz del humilladero.

LLUVIA

Llueve. Da nostalgia quedarse en casa,
toco el cristal frío
de la ventana con la palma de la mano,
me contagia una sensación de bajeza,
de moral triste.
Con un halo de aliento de vapor blanco
veo dibujado en el espejo mi desánimo,
entre los dedos arrugas hundidas, mojadas
de lágrimas desgastadas.
La nube de ahí arriba esgrime su fuerza,
yo mi cobijo apocado, arrinconado, vencido.
Me arriesgo y bajo a la calle con paraguas,
salpico charcos,
una mano en el bolsillo, refugio,
la otra desnuda, fría, lavada de sentimientos,
sufre la soledad,
el aguante estoico, el tipo,
contagio de tacto entre mi ropa rígida,
helada, de sensiblerías no entiende.
La reacción distante. No llega.
Indiferente, perdida, de estímulos abatidos,
el efecto sedante quieto,
la reacción estancada.
Las decisiones en frío, la presión del momento
no surten efecto.
Vuelvo otra vez tras los cristales
nostalgia de luz, de azul claro.
Juego con colores.
La mente pinta pálidos,
la nube negros,
el aguante quiere ser verde.
No hay palomas en las ramas del olivo
de la rotonda de enfrente con cáscaras de pino
como cama con manta mojada
y bordes de adoquín negro.
Negro el cielo, escupe sin piedad
sus lamentos
y contagia los míos, caídos,
que ya no son
de color verde,
no hay esperanza.
¡Frío, frío,
mirando hacia arriba no está la salida!
Mañana, dicen,
volverá a llover.
Frio, frío por ahí no está la salida,
la luz de la alegría está dentro
si se la sabe buscar.
Imagino árboles en flor,
un paseo entre prados de primavera
de la mano con quien más me gustaría estar.
Entro en calor. No importa que llueva.